

1

## Las estaciones

¿Pasar el verano con Maquiavelo? ¿En serio? ¡Qué idea tan extraña! El autor de *El príncipe* no es, a decir verdad, un escritor de vacaciones, ni un gran compañero para las siestas estivales, sino más bien un hombre de acción, siempre en la brecha, para quien trazar una descripción y un balance desencantados del mundo es de por sí trabajar para transformarlo. “Si me leyeran —dijo él mismo en 1513 hablando de *El príncipe*—, verían que durante los quince años en los que realicé mi aprendizaje de los oficios del Estado nunca dormí ni jugué.”

Y efectivamente es leído. Desde su muerte en 1527, nunca se lo ha dejado de leer, a pesar de calumnias y censuras, y siempre como

una herramienta para escapar del sopor. En ese sentido sí, Maquiavelo es implacable como un sol de verano. Es el astro que sabe cómo volver hiriente su escritura, proyectando sobre todas las cosas una luz tan cruda que vuelve más nítidas sus aristas. Nietzsche lo dijo mejor que nadie, en *Más allá del bien y del mal*:

Maquiavelo nos hace respirar el aire seco y sutil de Florencia y no puede evitar exponernos las más graves cuestiones al ritmo de un indomable *allegriissimo*, hallando tal vez un pícaro placer artístico en atreverse al siguiente contraste: un pensamiento elevado, difícil, duro y peligroso combinado con un ritmo galopante y un endiablado buen humor.

Pero si todo se trata de una cuestión de ritmo, ¿cómo no ver que lo que él llamaba la *qualità dei tempi*, la “calidad de los tiempos”, se encontraba por entonces en un momento de gran decadencia de las certezas? Desde 1494, Italia está en guerra. La península, tan orgullosa de su gobierno cívico, tan

segura de su superioridad cultural, es ahora víctima de una violencia inédita: el saqueo perpetrado por los grandes Estados monárquicos. Es lo que suele llamarse “las Guerras italianas”, esa gran fuente de desencanto, y puesto que la península funciona desde hace siglos como el laboratorio de la modernidad política, es decir, el lugar donde se inventa un futuro compartido, todos podeis comprender que lo que se denominará Europa no es más que la guerra por venir.

Las sombras se alargan y llega el invierno, entumeciendo las almas. Maquiavelo vivió todo eso: palabras congeladas en labios cerrados y la imposibilidad de poner nombre a aquello en lo que se estaban convirtiendo. Vivió ese movimiento lento e inexorable a través del cual todo un lenguaje político se torna obsoleto. Ese lenguaje que tanto le había gustado aprender en los libros se ha vuelto inoperante para nombrar con exactitud “la verdad efectiva de las cosas”. Entonces, cuando el pasado reciente ya no puede ayudarnos, ¿por qué no recurrir a aquellos a los que Ma-

quiavelo llama “sus queridos romanos”, sumergirnos en los textos antiguos como en un gran baño refrescante y llamar “antigüedad” a esa manera revitalizada de reactivar nuestro futuro?

¿Es eso acaso lo que denominamos Renacimiento? Puede ser, pero solo si somos capaces de mirar con lucidez tras los tonos inocentes y ñoños que adornan esa primavera para distinguir la brutal ferocidad de los cuadros de Botticelli. Nadie mejor que Maquiavelo para enseñarnos a perder la inocencia. Por eso ha sido, a lo largo de la historia, nuestro gran aliado para las malas épocas. En mi caso, me resultaría difícil decir que trabajo sobre Maquiavelo; diría más bien que trabajo con él, como si fuera un hermano de armas, por más que ese francotirador suela ubicarse siempre en los puestos de avanzada, obligándonos a leerlo no en tiempo presente, sino como una señal del futuro.

En el fondo, el asunto es bastante banal: a lo largo de la historia, el interés por Maquiavelo renace siempre cuando se anuncian

nuevas tempestades, ya que él es quien sabe filosofar en épocas tormentosas. Si hoy lo releemos, es porque hay motivos para inquietarse. Maquiavelo regresa: despertad.

## 2

# Maquiavelismo

Dantesco, kafkiano, sádico. Maquiavélico. Es un dudoso privilegio dar su nombre a una angustia colectiva. En la entrada “Maquiavelo” de su diccionario, Émile Littré brindaba esta presentación muy poco cordial: “Teórico del derecho público florentino del siglo XVI que analizó los procedimientos de violencia y tiranía empleados por los pequeños tiranos de Italia”. Pero luego, aún peor, Littré agregaba un sentido figurado: “Todo hombre de Estado sin escrúpulos”. Ejemplo: “Los Maquiavelos que controlan nuestros destinos”.

Asociando al nombre de Maquiavelo un sentido figurado, Littré realiza una acción un tanto extraña, pero no muy diferente a lo

que ha hecho la historia misma. Justamente, lo que se interpone entre Maquiavelo y nosotros es el maquiavelismo: una figura que torna visible y manifiesto el mal de la política. El rostro horrendo de lo que no querríamos ver de frente, pero ante el que somos incapaces de cerrar los ojos. Aunque en realidad es más bien una máscara, una máscara detrás de la cual desaparece aquel que, nacido en Florencia en 1469, muerto en Roma en 1527, llevaba por nombre Nicolás Maquiavelo.

Pues el maquiavelismo no es la doctrina de Maquiavelo, sino aquella que sus adversarios más malintencionados le adjudicaban. Es, en suma, una invención del anti-maquiavelismo. Cincuenta años después de la muerte del autor de *El príncipe* —ese libro infernal que la Santa Inquisición supo colocar en el índice de las obras prohibidas—, se editaron muchos tratados políticos nombrados *Anti-Maquiavelo*. El que inventó el género, en 1576, llevaba un nombre que parecía predestinarlo a luchar contra la maldad

del mundo: Innocent Gentillet,<sup>1</sup> abogado y teólogo protestante.

Unos años más tarde, un brillante jesuita, ardiente defensor de la Contrarreforma católica, se puso a pensar a su vez contra Maquiavelo —o más bien diría: abrazándose contra él—. Se trata de Giovanni Botero, inventor de la noción de razón de Estado, una noción que suele adjudicarse espontáneamente a Maquiavelo puesto que hace referencia al hecho de que la única ley y la única necesidad del Estado consiste en su preocupación por autoconservarse.

Desde entonces, el maquiavelismo es como un río subterráneo que socava silenciosamente las bases del pensamiento político europeo, descubriendo aquí y allá ocasiones para resurgir. Maquiavelo avanza enmascarado: lo reconocemos bajo otros nombres, deducimos sus ideas de aquellas que aseguran combatirlo.

---

<sup>1</sup> Traducido literalmente: “Inocente Bonachón”. [N. del T.]

Gustave Flaubert escribió, aproximadamente al mismo tiempo que Émile Littré, su *Diccionario de lugares comunes o Catálogo de las opiniones elegantes*. En él, el orden alfabético ubica oportunamente “Maquiavelismo” justo antes de “Maquiavelo”. El primero oculta al segundo. “Maquiavelismo. Palabra que solo debe pronunciarse temblando.” Y luego: “Maquiavelo. No haberlo leído nunca, pero considerarlo como un villano”.

Es decir, que se trata tan solo de una cuestión de mirada. ¿Y si justamente fuéramos a mirar, a quitarle la máscara al monstruo para observarlo sin miedo? Leer a Maquiavelo para encontrarnos con él, con él que tan intensamente perteneció a su época y que, por eso mismo, no deja de entrometerse en la nuestra. Nada más sencillo, a decir verdad, pues Maquiavelo no se esconde, salvo detrás de la banalidad de su propia existencia. Pero cuando habla de sí mismo, lo hace con la suficiente franqueza como para no empequeñecer su soledad ni su alegría ni sus dudas.

Por ejemplo, en estos pocos versos en los que muestra su desazón:

Espero, y la esperanza aumenta mi  
tormento;  
lloro, y mis llantos alimentan a mi corazón  
/ affigido;  
río, y mis risas no pueden entrar dentro de  
mí;  
ardo, y el ardor no aparece por fuera;  
temo lo que veo y escucho,  
todas las cosas me traen un nuevo dolor.  
Esperando, lloro, río y ardo,  
Y tengo miedo de lo que escucho y veo.

### 3

## 1469, el tiempo regresa

Nicolás Maquiavelo nació el 3 de mayo de 1469 en Florencia. Pero ¿qué es Florencia en 1469? Una república en la que se pavonean los príncipes. Sí: una república, hinchada de vanidad, orgullosa de su poder y prosperidad, experta en adornar con vistosas expresiones latinas la larga experiencia comunal que, desde hace casi tres siglos, convierte a esa ciudad en un modelo de autogobierno. Pero también una república gobernada por hombres adinerados que va anquilosándose poco a poco, convirtiéndose en una oligarquía.

Entre esos hombres de dinero están los Médici, unos ricos banqueros que, desde hace más de treinta años, dominan el gobierno a través de su influencia. Su antepasado

se llama Cosme. Supo actuar discretamente, a espaldas de su partido y su clientela. Vivió sobriamente, muy lejos de las fastuosidades de la Corte, con esa solemnidad que tanto adolecen los poderosos que saben hacerse pasar por padres de la patria. Su hijo, Pedro, lo sucedió en 1464, despojándose progresivamente de sus pudores republicanos. Ahora, cinco años más tarde, en 1469, en Florencia todo el mundo sabe que está enfermo. El 2 de diciembre estará muerto. Así que se adelanta Lorenzo, el nieto. Tiene 20 años y encarna el futuro de la estirpe. Pronto comenzarán a llamarlo “el Magnífico” por la insolencia con la que gasta el dinero. Lo vemos alzarse, impetuoso, encabezando la comitiva. ¿Cómo no notar las perlas y piedras preciosas que, por centenares, recubren su sombrero de terciopelo? Engalanado como un príncipe, Lorenzo se expone —es decir, como comprenderá más tarde Maquiavelo, se ofrece como espectáculo y se pone en peligro—.

¿Peligro? ¿Qué peligro? Para distraer a la juventud dorada de la ciudad toscana, ese 7

de febrero de 1469 se organiza un torneo — aunque de esos juegos de guerra tan habituales en la vida política de las comunas italianas ya no queda más que un refinado simulacro—. Un desfile tan suntuoso e insustancial como un baile, en el que ya no queda ni rastro de violencia, salvo el espectáculo de la dominación. Bajo la mirada celosa de quienes lo observan, Lorenzo alza su hermoso estandarte. En él se lee su lema, inscrito en letras de oro, en esa lengua francesa que es el idioma de las novelas de caballería, que aún hacen soñar a todas las élites europeas: *Le temps revient* [El tiempo regresa].

Eso es por lo tanto el Renacimiento: un re-verdecer, el renovado vigor de una eterna primavera, el reencuentro de Italia con su edad de oro tras desgarrar una densa capa de tinieblas. Se necesita la energía juvenil de ese joven príncipe para hacer frente al tiempo que regresa. No al pasado, sino a su parte activa, robusta y creativa, que el latín de los humanistas denomina *antiquitas*, por oposición a lo vetusto, obsoleto y caduco. Pero ¿estamos realmente

seguros de que ese hermoso presente anunciado será algo más que la representación paródica de un pasado de fantasía?

Hemos leído *La sociedad del espectáculo*, ese libro profético que Guy Debord escribió en 1967. Así que deberíamos estar al tanto de los efectos perniciosos de esa devota excitación con la que se hace aclamar el fetichismo de la mercancía. Pero ya se sabe: los profetas nunca avisan de las grandes catástrofes. O, al menos, nadie supo distinguir las primeras señales de las que estaban por abalanzarse sobre Florencia en 1469. Maquiavelo nació el 3 de mayo, tres meses antes del triunfo de Lorenzo, y muy pronto tuvo la sensación de haber nacido demasiado tarde. Le quedó entonces la lucidez, que es el arma de los desesperados.

## 4

# La ambición de un padre

Reconozcámoslo: muchas veces, Maquiavelo exagera. Cuando dice sobre sí mismo: “Nací pobre y aprendí a trabajar duro antes que a disfrutar”, es realmente una exageración. Es verdad que Maquiavelo no participará de esa época de despreocupación desesperada de esos jóvenes “cuya única inquietud”, escribirá más tarde en su *Historia de Florencia*, “era lucir espléndidos en sus ropajes, y sagaces y astutos a través de sus palabras ingeniosas”. Porque para eso, en los tiempos de Lorenzo el Magnífico, hacía falta pertenecer a esas antiguas familias aristocráticas con ricas propiedades en el campo, a las

que se denominaba sencillamente los Grandes, los magnates.

La familia Machiavelli pertenece al estrato inferior de los *magnati*. Pero ¿es pobre? No, no exactamente. Los Machiavelli viven de las rentas de su tierra desde hace ya varios siglos, aunque sea modestamente. Esta sobria indigencia es sobre todo el resultado de malas elecciones políticas: por haberse opuesto al poder de los Médici, uno de los ancestros de la familia, Girolamo, fue detenido, desterrado y torturado, y murió en prisión en 1460. He ahí la contracara de la gran fiesta medicea.

Cuando nace nueve años más tarde, en 1469, Nicolás tiene dos hermanas mayores, pero la casa familiar donde vive en el Oltrarno, del otro lado del río que atraviesa Florencia, se encuentra mucho más poblada. En ella se amontonan primos y cuñados, toda una alegre y bulliciosa *brigata*, siguiendo el modelo habitual de las familias ampliadas que reproducirá más tarde Nicolás Maquiavelo una vez casado. La casa, que daba al Ponte Vecchio, fue destruida en 1944. Unos años después,

los historiadores descubrieron un libro que reconstruía su historia. Se trata del libro de familia de *messer* Bernardo Machiavelli, padre de nuestro Maquiavelo. Se le da el título de *messer* porque es doctor en Derecho, pero sin duda la complicidad de su familia con la oposición a los Médici le impide ejercer su profesión de jurista.

Metódica, fríamente, Bernardo anota los pequeños detalles de su existencia familiar. No encontramos ninguna confidencia íntima en sus *Ricordi*, que más que recuerdos son una minuciosa contabilidad de la gestión de la casa. Bernardo nos recuerda el origen doméstico de todo poder: ni más ni menos que la administración de las cosas y las personas, de recursos y emociones, y un cierto cuidado de los detalles.

Bernardo anota pacientemente todo lo que entra en la casa familiar: vino, nueces, esposas y libros. Muchos libros, cada vez más libros. Derecho, historia, literatura. ¿Y si la solución estuviera ahí? Los poderosos saben transformar la cultura legítima en una de sus

armas más aceradas. Lo que llamamos humanismo designa en primer lugar ese arte de la distinción que las élites florentinas utilizan con una arrogancia difícil de imaginar hoy en día. En cualquier caso, los Machiavelli no pueden aspirar a eso: Nicolás no tendrá ningún brillante maestro particular, no irá a la universidad ni aprenderá griego. No es un humanista, por tanto, y los que se jactan de serlo le harán pagar el precio de esa falta durante toda su vida.

Pero Florencia está llena de pequeñas escuelas en las que se enseña el latín, y la invención de Gutenberg, que solo tiene unos pocos años de existencia cuando Bernardo toma la pluma, se difunde rápidamente. *Messer Machiavelli* hace una lista de treinta libros que compra, a veces a precios muy altos. Para procurarse la *Historia de Roma* de Tito Livio, Bernardo acepta confeccionar el índice de sus “ciudades, montañas y cursos de agua”. Nueve meses de trabajo. Eso también hereda Maquiavelo: la ambición de su padre. Una ambición depositada en los li-

bros, la esperanza de que a través de ellos podrá lograr una revancha y la certeza de que se pueden utilizar esas armas contra aquellos que pretenden conservarlas celosamente para sí.

## 5

# Historia de un libro peligroso

A veces nos aferramos a ciertos libros como a chalecos salvavidas. Cuando todo se tambalea a nuestro alrededor, cuando estamos a punto de zozobrar, los vemos flotar y aparecer ante nosotros para salvarnos del naufragio. Los libros de Maquiavelo forman parte de esa categoría. A lo largo de la historia, han sido los fieles aliados de aquellos que han intentado comprender su propio extravío político.

Podemos leer para encontrarnos, por lo tanto, y también podemos leer para perdernos. He aquí un texto muy antiguo, venido de muy lejos, que nos impone su presencia, que se lo lleva todo por delante y termina desviando el curso de nuestras vidas. En el siglo I antes de nuestra era, el poeta latino Lucrecio tenía una palabra

para nombrar ese tipo de desvío: *clinamen*. En su *De natura rerum* —*De la naturaleza de las cosas*—, Lucrecio entona el canto del mundo. Un mundo sin creador en el que la naturaleza nunca deja de reinventarse a sí misma. Pues todo está hecho de átomos, tanto nuestras almas como las cosas, atraídas por su propio peso.

Sin embargo, si todas las partículas cayeran en el vacío en línea recta, lo único que existiría sería un interminable día de lluvia. Pero, y aquí cito a Lucrecio, “en ciertos lugares indeterminados, los átomos se desvían un poco —tan solo lo suficiente como para decir que su movimiento se ha modificado—”. Es decir que la libertad es posible, el tiempo es posible, el mundo es posible. Comprendemos entonces por qué la poesía materialista de Lucrecio, que es la adaptación romana de la filosofía epicúrea griega, fue considerada por los modernos como un breviario del ateísmo. Un libro peligroso, un libro disidente que hace descarrilar al mundo y lo saca de su eje.

Ahora observad: Maquiavelo lee ese libro. Y, más que leerlo, lo copia. Trabajosamente, re-

transcribe el poema latino. Pues en esa época en que los libros son escasos, su amor se paga a precio de oro, con el cuerpo que se desloma escribiendo, la espalda rota y los ojos que arden. Recuerden a su padre, Bernardo Machiavelli, que obtuvo un Tito Livio a cambio de confeccionar su índice para el librero. Su hijo Nicolás hace lo mismo, copiando a Lucrecio. Mirad, ya ha terminado: marca orgullosamente con su nombre ese manuscrito conservado hoy en día en la Biblioteca Vaticana; fue esa firma la que permitió a los historiadores identificarlo.

¿Es eso acaso ser historiador? ¿Leer por encima de los hombros de alguien que lee? Estamos quizás en 1497, Maquiavelo aún no ha cumplido 30 años y tiene en sus manos el libro que cambiará el curso de su existencia. Porque, en el fondo, ¿qué es su filosofía sino la adaptación al mundo de la política del materialismo de Lucrecio? Las cosas, dice el poeta, se reconocen por su facultad de producir siempre una imagen capaz de ocultar su propia naturaleza. Gobernar, o aprender a no dejarse gobernar, es

decir, comprender las cosas de la política, consiste en rasgar el velo de las apariencias. Pues detrás de él se encuentran las cosas, que actúan.

Para no dejarse dominar por ellas, hay que hacer el esfuerzo de dejar de creer que alguna vez existió una edad de oro. Sin embargo, a las élites florentinas del *Quattrocento* les encanta embriagarse con esa idea, engalanándola con el halagador nombre de neoplatonismo y disfrazándola bajo una imagen de Botticelli. Y entonces llega Lucrecio para perturbar el juego. En *De la naturaleza de las cosas*, libro quinto, el poeta latino describe la violencia originaria de la humanidad primitiva. De nuestros orígenes, de aquellos tiempos en los que vagábamos “a la manera de las fieras” llevando, dice Lucrecio, una vida errante, hemos heredado el terror. Maquiavelo recordará esos párrafos al escuchar los primeros relatos del Nuevo Mundo, y también cuando describa el mundo nuevo de un orden político basado en el arte de controlar sin excesiva violencia nuestras discordias y ponernos de acuerdo sobre nuestros desacuerdos.

¿Era acaso el *De natura rerum* de Lucrecio un libro peligroso? No tanto como se ha dicho. A ciertos historiadores les encanta imaginarse que su redescubrimiento en 1417 por parte del humanista Poggio Bracciolini, conocido como el Poggio, fue capaz de desviar el curso del mundo, empujándolo de pronto a la Modernidad. Comprendemos por qué esa idea resulta atractiva: extiende a las sociedades humanas esa experiencia literaria que ellos mismos, como buenos letrados, aprecian tanto. Pero adjudican demasiadas capacidades al poder de la lectura. Los libros nunca producen revoluciones. Solo se convierten en nuestros aliados si estamos preparados para leerlos. Nos enseñan la libertad, sí, pero solo si ya somos lo bastante libres.

“Voy por lugares que nadie antes visitó”, escribe Lucrecio. Maquiavelo le sigue los pasos en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*:

Decidí tomar un camino que, por no haber sido aún recorrido por nadie, me traerá sin duda penas y dificultades.

¿Cuáles? Lo veremos muy pronto.